

Desde mi jardín

Cuántas veces desde el jardín he visto pasar la muerte en dirección al campo santo.

Cada día por la vereda de la vida pasan muchos. Cada día, caminado, riendo y cantando, llenos de planes futuros y otros cargando sus pesadas vidas, tristeza dolor y enfermedades, ya desilusionados de la vida.

Todos corriendo, corriendo en dirección a la muerte.

En el magnolio de mi jardín veo pasar la muerte cada año. En otoño, pierde todas sus hojas, que pacientemente recojo. Queda desnudo, expuesto al frío del invierno y a la lluvia. Lo veo como un esqueleto, como una maqueta de madera sin vida. No corto ninguna de sus ramas por temor a que pueda morir para siempre.

El invierno no ha terminado aún, llueve y hace frío. Al parecer el magnolio de mi jardín parece dejarnos esta primavera sin sus hermosas flores y su fragancia. Pero en un momento, una flor trae esperanza. Dos y tres...cientos, ha renacido. ¡Vive! Brotan en toda su majestad sus lindas flores. El milagro del Creador, la naturaleza bella. Le acompañan las hojas más hacia la primavera y bajo su sombra será un perfecto escondite para los juegos de los nietos, en mi jardín. Trae alegría a todos, también a quienes, al pasar frente al jardín ven el milagro, cada año la belleza de la flor del magnolio.

La camelia siempre frondosa con sus hojas perennes le acompaña en los días fríos, cuando llueve aún. Deja ver sus flores rojas, las más lindas que vi. Es como un inmenso ramillete de flores, un bouquet. Una declaración de amor para toda novia.

Mi jardín deja su mensaje, “En los días más difíciles de tu vida, también puede haber belleza, paz, esperanza en tu corazón...vida.”

Menos lluvia y termina el invierno, viene la primavera y como una carísima alfombra persa el césped del jardín esta verde, en todo su esplendor. Pidiendo cada viernes un corte de su cuidador y un buen riego cada día.

Entonces la primavera llega en todo su esplendor, las mariposas danzan y todo es más feliz. Los colibrís todavía en invierno con su plumaje tornasol y el intenso movimiento de sus alas. Beben el dulce néctar de la flor del níspero y de cada flor del jardín, donde zumban las abejas y moscardones que también quieren beber. El caracol común, lento, como disfrutando cada día de su corta vida, dejándonos una lección para no olvidar. Tórtolas, zorzales y gorriones vienen a mi jardín a buscar el alimento que llevarán con generosidad a sus nidos, que nos dejan escuchar con generosidad el pío de sus polluelos. Es un espectáculo ver a las aves disfrutar de las piscinas naturales, cristalinas, que dejó el invierno. Tomando un baño, un alto en sus vidas, disfrutar, descansar, tomar el sol, cuidando así de su plumaje, de su vida.

En el telón de fondo de mi jardín, luce también la hermosa y nevada cordillera de los Andes. Con el volcán, que de cuando en vez nos deja ver sus fumarolas saludando al cielo azul del sur.

Hace unos años atrás uno de los árboles de mi jardín, el más fragante de todos, casi insoportablemente fragante. ¡No despertó a la primavera!, quedando allí en medio del mi jardín como testimonio de que parte de la vida es también la muerte.

Haciéndonos pensar en las sabias palabras del rey Salomón “Todo tiene su tiempo bajo este sol... tiempo, de nacer... tiempo de morir”. Hoy en su tronco sin vida, hay brotes que comienza a vivir, creciendo cada día. Brotes que cuidó para que sean tan fragantes como este que murió.

Desde mi jardín te pregunto, eres para quienes están cerca de ti, familia, hijos, nietos, amigos, para todos, un perfume grato. Así como en mi jardín, cuando ya no estés podrán percibir todavía que tu vida fue amor, bondad, servicio, alegría y te recordarán.

Desde mi jardín recuerdo a Jesús, que murió muchos años atrás, para que tú y yo pudiéramos vivir, no solo muchos años, sino para la eternidad.

Desde mi jardín he visto pasar la muerte muchas veces. Pero también miro con esperanza la promesa del futuro cercano, el día en que mis ojos vean, mis manos tomen y mi boca pruebe el fruto del árbol de la vida, ya no de mi jardín, sino el jardín de Dios. Recuerdo entonces palabras de la biblia dónde Juan nos habla sobre el río de la vida que sale del trono de Dios y del Cordero, y del árbol de la vida que da un fruto distinto cada mes y que tiene hojas que dan sanidad.

Cuando mi jardín me habla, escucho la voz de quien lo creó que me promete que vendrá un cielo nuevo y tierra nueva, y que ya no habrá lágrimas, llanto, dolor ni muerte. Esa voz que dice “Yo soy el camino, la verdad y la vida.”

En los días más difíciles y oscuros de la historia de la humanidad, en nuestros días de invierno personal, de frío, de dolor y de muerte. Como en mi jardín brotará la

vida. En aquel día la vida no tendrá estaciones, no será por unos años, con fecha de término. Sino será eterna.

Desde mi jardín esperaré ese día.